

# CRONICA DE HISTORIA NATURAL

Bajo este título de "Crónica de Historia Natural del País Vasco" nos proponemos registrar los pequeños datos de interés local o reducido que vayan llegando a nuestro conocimiento, los cuales, sin merecer, por el momento, la redacción de una nota aparte, sean útiles con el tiempo a los especialistas. Y esto lo mismo se trate del mar que de la tierra; lo mismo de animales y plantas que de minerales, rocas y fósiles y hasta del hombre prehistórico; en este capítulo hemos de incluir también las noticias sobre toda clase de fenómenos telúricos que signifiquen un acontecimiento importante (riadas, terremotos, etc.), o extratelúricos (astrolitos, estrellas fugaces, etc.), que de otro modo, no encontrarían cabida en alguna de las varias Secciones que vamos constituyendo en nuestra Revista.

Rogamos, pues, a nuestros consocios, distribuidos por todo el País Vasco, que nos comuniquen todas estas noticias, incluso las ya preteritas que estimaran interesantes, aunque sería más preferible todavía que ellos mismos redactaran la nota correspondiente. Reuniremos así poco a poco un archivo de datos, siempre de valor positivo en futuras investigaciones.

## 1. *Restos de ballena en la playa de Deva.*

La presencia en las playas de algún ser pelágico, que en circunstancias normales vive alejado de la costa, es siempre motivo de la curiosidad pública y, a menudo, de noticias en la prensa, de carácter sensacional. A veces, la rápida sucesión de estas noticias, referidas a un ámbito limitado, induce a pensar en alteraciones breves pero importantes en el medio marino pelágico, que hacen llegar a las

costas, por modo excepcional, individuos o bandos de animales de los más distintos tipos. Como ejemplo puedo citar el año 1928: en las playas del río España cercanas a Gijón (Asturias), en abril, se señala la presencia de un calamar gigantesco (*Stenoteuthis*), que media poco más de dos metros de longitud desde la punta de su cuerpo a la extremidad de sus dos brazos largos; en junio, los pescadores de Tazones, llevaron a Gijón a remolque de su motora, una tortuga de cuero viva, que pesaba 480 kilogramos y tenía dos metros y veinte centímetros de largo y dos metros cincuenta centímetros de extremo a extremo de las aletas pectorales; poco después, en el mes de julio, una numerosa banda de medusas del género *Aurelia* hacía su aparición en un rincón del puerto del Musel, destacando los brillantes colores rojizos de su umbrella o sombrilla y los flecos que de ella pendían.

Lo que más vivo recuerdo deja entre los habitantes ribereños y motiva los comentarios de la prensa es la presencia de los gigantes de la creación, las ballenas y, en menor grado, por su mayor frecuencia, la de los tiburones. Si en otras épocas, las ballenas fueron la industria principal de los pueblos cantábricos del litoral, sobre todo del vasco, que se hizo famoso por su técnica pesquera, a partir del siglo XVI comienzan a hacerse tan raras que, según nos cuenta Cabrera en su obra sobre los mamíferos de España (Madrid, 1914), de la ballena eúscara (*Ballena glacialis*) antes relativamente numerosa, sólo se capturaron seis ejemplares el año 1538; en los siglos XIX y XX, hasta la publicación de su obra, Cabrera no registra más que la captura de tres, todos ellos llegados a aguas de Guipúzcoa. Las demás especies de ballenas son también raras en la actualidad y acaso lo hayan sido siempre. A pesar de la opinión que considera a los cetáceos como lejos aún de extinguirse, como lo demuestra la serie de factorías dedicadas a su pesca, lo cierto es que se hallan condenados a una desaparición continua, acelerada por la obra aniquiladora del hombre, responsable de la total extinción de tantas otras especies de animales. lo mismo marinas que terrestres.

Vale la pena, pues, el anotar sus ocasionales apariciones en las costas, ya que, además, la casualidad hace que pocas veces arriben a las playas, fáciles entonces de observar. Otras veces quedan deshechos entre las peñas al pie de las costas acantiladas, inaccesibles al hombre y se pierde así su registro.

En los últimos días de la primera quincena del mes de enero de 1952, las fuertes marejadas reinantes removieron a fondo las arenas de las playas guipuzcoanas, dejando en su lugar, las gravas y gruesos cantos rodados. En la de Deva, además, aparecieron diversos restos óseos de gran tamaño, en los que una rápida inspección nos

hizo ver que se trataba de tres occipitales, acompañados cada uno por sus respectivos temporales izquierdo y derecho, referibles a la ballena eúscara y de unos cuantos fragmentos menudos de mandíbula inferior y de costillas, indeterminables. Elegida la pieza formada por el occipital y los dos temporales que aparecía menos deteriorada, previa autorización del señor Alcalde, fué traída a San Sebastián y depositada en el Museo de la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa (fig. 1). Comparando sus caracteres con los del esqueleto completo de *Ballena glacialis* que allí existe montado, procedente del ejemplar capturado en Guetaria el 9 de febrero de 1878, se ve que coinciden ambos, por lo que lo refiero a la misma es-



Fig. 1.— Hueso de la ballena [occipital] encallada en la playa de Deva y diversas piezas de otros ejemplares. Museo Oceanográfico. Aquarium, San Sebastián.

pecie, lo mismo que los otros dos restos, constituidos cada uno por el occipital y los dos temporales, que quedaron en la playa de Deva. Los ejemplares de Deva parecen, sin embargo, de mayor tamaño que el de Guetaria.

Las medidas tomadas en los ejemplares de Deva dan dimensiones idénticas para los tres. El agujero occipital, bien visible en la fig. 1, tiene un diámetro máximo de 15 centímetros. De extremo a extremo de los cóndilos que 10 rodean se cuentan 32 centímetros. De una a otra de las apófisis mastoideas, por su lado interno hay

una distancia de 103 centímetros. La anchura máxima de la pieza, entre ambas apófisis mastoideas, es de cerca de dos metros (1,97 centímetros). Las tres piezas de Deva quedaron varadas en la playa en una posición semejante: con las apófisis mastoideas enterradas en la arena y los agujeros occipitales y sus cóndilos mirando hacia el Este. Es probable que una misma ola los arrancara del lugar donde yacían ocultos y, arrastrándolos con las apófisis mastoideas, de mayor peso, hacia abajo, los dejara después hincados en la playa. Durante el transporte en medio de la masa de agua, pudieron que dar orientados en la forma en que se hallaban allí. Situados en la parte Oeste de la playa, parecían indicar que la ola portadora venía del Norte o Este más bien que del Oeste o Noroeste.

El aspecto y consistencia ósea de estos restos muestran que no son de fecha reciente, pero en modo alguno deben considerarse como fósiles en el sentido paleontológico que damos a este concepto. Es decir, no son antiguos geológicamente ni siquiera históricamente. Para que los huesos se convirtieran en piedra habrían debido existir las especiales condiciones de la fosilización, poco frecuentes al borde del mar, en la zona de activa labor destructora, mecánica y química, del agua y de la atmósfera.

Según recuerdan "los viejos del lugar", tales restos debían estar sepultados en el fondo del mar cerca de Deva desde haría varios decenios. Una de las personas interrogadas recordaba que ya hace 40 años oía hablar de huesos de ballena enterrados en la playa.

La semejanza de tamaño de los tres restos de cráneo de Deva hace suponer que pertenecen a otros tantos individuos adultos de una bandada que arribaría a tierra, quedaría encallada y luego enterrados sus restos, que la última marejada ha vuelto a descubrir. Todavía, según nos informaban en la misma playa, parecía haber restos de otro cráneo, hecho que, sin embargo, no pudimos comprobar en nuestra visita.

Joaquín GOMEZ DE LLARENA

## 2. *Un cachalote en la playa de Zarauz*

Un mes más tarde, hacia el 16 ó 17 de febrero de 1952, apareció, varado en la playa de Zarauz un ejemplar de cetáceo, al que, según la información que recogimos el día 21 faltaba ya la cabeza y la cola. Concedido el necesario permiso para su descuartizamiento y recogida por las Autoridades de Marina, la enorme masa de grasa que aún contenía, fué transportada en camiones a una fábrica de Hernani para su utilización industrial. Debemos agradecer a don Pedro Anza, su propietario, la cesión de la mandíbula inferior de